

LA PALABRA "CIVILIZACION" Y SU SENTIDO EN EL SIGLO XVIII

Si la voz filosofía se puede emplear en un sentido más amplio que el de la estricta designación de una disciplina intelectual y especulativa; si llamamos filosofía a la visión del mundo y de las cosas, de la Sociedad y de los hombres, tal como se despliega en el repertorio de valores que rigen en un grupo humano, en el conjunto de aspiraciones que en él se persiguen, en los modos de vida y en los ensayos de conservación o de reforma de los mismos que, con el instrumento de las ideas mueven el operar humano de una época, entonces la Ilustración es una filosofía. Filosofía es obrar, había dicho, en la centuria anterior, en uno de sus versos, Lope de Vega. En tal sentido es una filosofía, pues, la Ilustración. Pero también, en la medida en que un programa colectivo de vida social se especializa en una serie de palabras-clave, cada una de las cuales preside una familia históricamente establecida, de otras palabras conexas, la Ilustración es también un vocabulario en el que encuentran expresión las experiencias fundamentales por las que ha pasado un grupo humano en una época determinada. Pocas veces, quizás, una época se presenta con un repertorio léxico más especializado y significativo — *naturaleza, felicidad, economía, progreso, humanidad, sensibilidad*, etc. etc. — tal vez porque en pocas ocasiones como en el siglo XVIII, y, sobre todo en su segunda mitad, ha granado todo un vocabulario como lenguaje de un grupo — de un grupo, en posesión de una conciencia de tal, que sin duda venía preparándose de siglos atrás, pero que es en esa centuria cuando alcanza un primer nivel de autoconciencia y trata de desplegar las posibilidades socialmente operativas que su situación le proporciona.

Ciertamente que ese vocabulario solo cobra sentido contemplado en las estructuras globales de la Historia de la época. Creo que estaría con nosotros L. Goldmann, si afirmamos que hay que ir de la Historia al estudio del vocabulario peculiar de un tiempo dado (o de un escritor o de una obra). Pero si ese trabajo ha de ser útil, exige invertir luego la dirección e ir del vocabulario a la

Historia, para ayudarnos eficazmente en entender ésta. Claro está que no partimos nunca de cero cuando nos disponemos a un trabajo historiográfico tal como el que aquí enunciamos. Nociones adquiridas, más o menos sin darnos demasiada cuenta de ello, que han pasado a nosotros de nuestro medio social, familiar, cultural, al proporcionarnos, concretamente en el tema que ahora nos ha de ocupar, unas ciertas ideas y una primera terminología sobre nuestro siglo XVIII, nos permiten ensayar una interpretación y, en el conjunto de ella, preguntarnos porqué y cómo en las obras de algunos autores, a partir de unas fechas que hemos de esforzarnos por deslindar con la mayor precisión posible, encontramos una palabra, «civilización», de la que, sólo en ese contexto, alcanzamos una primera transparencia; pero el hecho de que en obras del siglo ilustrado descubramos ese término y lo comprobemos una y otra vez repetido, en un breve período de tiempo, nos hace a la vez avanzar en el conocimiento de la época, tras de lo cual volvemos a intentar verificar y completar el significado de aquel término. Todo método histórico, por la razón misma del movimiento de la historia, tiene un carácter zigzagueante.

Adelantemos que en esa palabra «civilización» encuentra expresión el sentido histórico del siglo XVIII. Tengamos en cuenta que es el primer siglo historicista y hasta el siglo historicista por excelencia. El descubre que el acontecer humano no es una acumulación de hechos — de unos hechos que puedan tomarse, a lo sumo, con un valor intemporal de ejemplos morales. Por tanto, que no es a un mero registro de hechos, como suponía Hobbes, a lo que se hace referencia al hablar de Historia, sino que hay que reservar esta denominación para el conocimiento de una sucesión y encadenamiento de hechos, con cuya posesión podemos participar en el saber del hombre y de la sociedad humana y ayudarnos para preparar su reforma y mejora.

Bien sabemos que durante mucho tiempo, teniéndolo por un siglo puramente racionalista — y en consecuencia, tendente a la abstracción —, se ha considerado que ese siglo XVIII había sido refractario a un reconocimiento del valor de la Historia. Es cierto que ya Meinecke señaló en él el origen del historicismo¹. Y no podía ser de otra manera, siendo el siglo de Hume y de Montesquieu, de Gibbon y de Voltaire. Sin embargo, todavía L. Goldmann ha podido escribir: «La imagen que el pensamiento individualista y sobre todo la filosofía de la Ilustración se hacen del hombre es estática, carece de toda dimensión histórica².» Para rectificar este

1. *El Historicismo y su génesis*, traducción castellana, México, 1943. El tema estaba ya visto por Dilthey.

2. *La Philosophie des Lumières*, en el vol. «Structures mentales et création culturelle», Paris, 1970, p. 49.

punto de vista nos va a servir la investigación del origen y sentido de la voz «civilización». Nos reduciremos al área de la Ilustración española. Claro está que los resultados podrían ser más ricos en este caso, si nos sirviéramos del análisis de materiales franceses, ya que es en Francia donde la cuestión surge y toma gran vuelo. Incluso las fuentes inglesas nos darían también algunos testimonios eminentes. Pero el enfoque desde el terreno del pensamiento y de las letras en España, tiene su ventaja: nos ofrece un amplio tejido por el que se difunde el tema; y aun hay que añadir a esto, otro matiz: nos hace descubrir un planteamiento inicial y preparatorio, que tal vez no pueda verse con tanta claridad en otras partes, al llegar al umbral del XVIII. Ello nos hace comprender que el nacimiento de la palabra *civilización* y su desarrollo y difusión no fueron cosa del azar, sino que respondieron a un proceso histórico; derivaban de una serie de condicionamientos.

Partamos ahora de la enunciación de una idea de la Historia que podamos tipificar como del siglo XVIII — una idea en la que toda vía habrá que ver en parte, por tanto la herencia quizá trivializada del racionalismo. La tomaremos de Forner, cuando asegura que la Historia ofrece «aquel sistema de unidad que debe encaminar todas las líneas al centro común», de manera que el conocimiento histórico consiste en «investigar ese movimiento que da unidad a las acciones de muchos hombres»; sólo desde esa posición podemos comprender la totalidad del curso del acontecer, alcanzando al «todo y unidad juntamente, porque hay todos que no forman unidad, sino cúmulo». Esto, advertía Forner, lo saben muy bien los historiadores o deben saberlo: compilación y cronología, a secas no son Historia, sino que a ésta se llega cuando se alcanza a ver ese movimiento de unidad que da sistema y enlaza en sus partes al sucederse de los hechos históricos³. Pues bien, esa concepción unitaria que, según el ilustrado, da sentido a la marcha del acontecer, respondiendo en cierta forma a una imagen newtoniana del mundo de los hombres, vendría a ser la que encontraría su formulación en la palabra *civilización*, tal como ésta se emplea en una primera fase.

Pero antes de seguir adelante en el estudio de este tema, tratemos de aclararnos aquel otro aspecto antecedente que, como hemos dicho antes, en España precede y prepara el proceso ulterior. Ello nos lleva a ocuparnos de la transformación semántica de la palabra *cultura*, tan unida a la que principalmente nos ocupa aquí.

3. *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la Historia de España*, ed. de François Lopez, Barcelona, 1973, p. 114, 117, 152-153. Esta edición lleva un excelente estudio preliminar del mismo prof. F. Lopez.

EL ANTECEDENTE DE LA VOZ «CULTURA»

Hace ya sobre un cuarto de siglo discutía yo con un maestro por el que tengo gran admiración, E. Gibson: suponía él, que la palabra «cultura» en lengua castellana y con un sentido moderno no podía ser más que un neologismo procedente del alemán y que sólo muy tarde adquiriría amplio uso. El nombre de Ortega, saltó naturalmente a la conversación. Yo, por mi parte, no podía olvidar lo que en la fijación del significado actual del término se debía al autor de «El tema de nuestro tiempo». Sin embargo, yo recordaba también múltiples pasajes de Gracián, por ejemplo, y en la improvisación de una charla, se me ocurrió contestar que en una lengua en la que se daba con relativa frecuencia la circulación del sustantivo *cultura*, cabía esperar que se dieran casos de desplazamiento de su significado hacia valores más modernos, sin que, claro está, se alcanzara nunca la contraposición de cultura-civilización, al modo germánico tardío, pero sí algo próximo a lo que se pretendía expresar en la comparación barbarie-civilización, al modo francés.

Que la voz *cultura* se emplea en nuestro siglo XVI es cosa que atestigua, con un pasaje de fray Luis de León (1583-1585), el «Diccionario» de Corominas. En mi libro «Antiguos y modernos», yo he señalado cómo tal voz se encuentra mucho antes, en ese gran cultivador del neologismo que fué Enrique de Villena: su obra, «Los doce trabajos de Hércules» (1417), efectivamente, la contiene⁴. Luego, en el XVI, hay múltiples casos: el muy importante de Las Casas, sobre el que volveremos, ese otro de fray Luis de León, el de Fernando de Herrera, algunos más. En el XVII es ya muy frecuente: Rodrigo Caro, López de Vega, Suárez de Figueroa, Saavedra Fajardo, Gracián, Jerónimo de San José, etc. etc. la emplean. Volvamos a Las Casas. Con Las Casas tenemos — según nuestros datos — el primer ejemplo de ampliación del alcance del término: abandona la esfera de las actividades agrícolas, para penetrar en la esfera del cultivo de las regiones interiores del hombre y adquiere un valor moral, espiritual: «La cultura de las verdaderas y perfectas virtudes que en la cristiana religión consisten⁵...» La orientación hacia el uso moderno está claramente iniciada aquí. Las Casas seguía los pasos de Cicerón, pero en su pasaje el cultivo humano no era una simple metáfora, la cultura humana expresaba directamente un concepto propio. Sin embargo, en el XVII es todavía normal que se conserve la significación de ese término referido

4. *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, 1966, p. 584.

5. *Historia de las Indias*, prólogo, BAE, t. I de la «Obras escogidas» de Las Casas, ed. de Pérez de Tudela, p. 13.

a la vida agraria: cultura equivale a cultivo — o a lo sumo a cultivo esmerado — de los campos. Junto a la pesca, la caza, la ganadería, cita Suárez de Figueroa, a la «cultura» como una de las actividades con las que el hombre se gana su sustento⁶. Lope recuerda esa raigambre agraria para extender metafóricamente su aplicación al cuidado o cultivo de su obra por parte del poeta⁷. En sentido más directo, de aliño, cuidado artificioso o con arte, esmero en hacer algo, conoce su uso Gracián⁸. Como es sabido, Gracián contraponía en este punto el aspecto culto de Italia al descuido español. (Pensamos si esta última diferencia que señalaba Gracián respondía a una actitud defendida por cierto tipo de nuestros paisanos, afectos a un gusto por el machismo que ha llegado hasta nuestros días — por fortuna, en círculos reducidos. En fechas de pleno Barroco, Fernández de Ribera nos lo hace sospechar así, en una escena que narra en la cual uno insulta a otro llamándole «culto», palabra que el autor comenta ser estimada como «afrenta notoria y vituperio criminal», señalando «lo estragado del nombre de culto, pues se tenía por ignominia⁹». No creo que este pasaje se reduzca a una mera alusión al gongorismo. Creo que se extiende a una más amplia repulsa del preciosismo y del refinamiento, que en otros países fue conocida también, pero que aquí se manifiesta en gruesos trazos popularistas.)

Pero el siglo XVII iba a conocer un paso más en el desenvolvimiento del valor del término que nos ocupa. Lo he mencionado ya en otra ocasión, y necesito repetirlo aquí. En un libro mío que quiere ser una aportación a los orígenes de la idea de progreso, presentando de ellos aspectos poco conocidos y ligándolos a la conciencia expansiva de la sociedad renacentista, hice observar cómo en la sociedad española, desde el siglo XV al XVII, predomina un sentimiento de avance, una visión porvenirista, por encima de una clasicista actitud de imitación. En ese medio, surge un autor — entre otros muchos — que concibe la marcha de cada pueblo como un movimiento de consecución de creaciones valiosas, de acumulación de valores espirituales, técnicos, políticos, etc., proceso que se da en el ámbito de cada pueblo. Dentro de ese marco, a esa posesión de unos logros acumulados, de variada naturaleza, se la llama por primera vez *cultura* y, dado que el proceso de tal

6. *Varias noticias importantes a la humana comunicación*, Madrid, 1621, folio 41.

7. *La Dorotea*, IV^o, II^a, ed. de E.S. Morby, Madrid, 1968, p. 330 (véanse otros ejemplos semejantes que el editor reúne en la nota 113). El pasaje de Lope dice: «Aquel poeta es culto que cultiva de suerte su poema que no dexa cosa áspera ni oscura, como un labrador un campo; aunque ellos dirán que lo toman por ornamento».

8. Entre otros muchos lugares, pueden verse p. 180 y 231 del *Oráculo Manual*, ed. de Romera Navarro, Madrid, 1954. El pasaje citado en primer lugar dice: «Haze personas la cultura y más quanto mayor.»

9. *El Mesón del Mundo* (1631), reedición de Sevilla, 1946, p. 74 y 84.

acumulación y perfeccionamiento es propio y diferente de cada pueblo, se trata de un concepto que necesariamente supone un plural: *culturas*. Jerónimo de San José que éste es el autor a quien nos referimos, sostiene que España «viene hoy a exceder toda la más florida cultura de los griegos y latinos¹⁰», frase en la que, dado su contexto, cultura viene a significar, con un carácter conjunto y unitario, el logro de un nivel de desarrollo histórico más elevado. Esta intuición de San José quedará, de momento, aislada, pero la ampliación que en otros escritores hemos comprobado del concepto de cultura a las manifestaciones literarias y educativas, no se abandonará ya. Ciertamente que al terminar el primer cuarto del siglo XVIII, cuando aparece el tomo del «Diccionario de Autoridades» en que se define la palabra, se hace esto de la siguiente manera: «metafóricamente es el cuidado y aplicación para que alguna cosa se perficione, como la enseñanza en un joven para que pueda lucir su entendimiento¹¹». Tal es el valor en Bances Candamo o en el «Norte crítico» de Jacinto Segura, todavía. Sin embargo, había casos en que ya quería mucho más.

Es cierto que en el siglo XVIII se conservará todavía vigente la acepción de cultura igual a cultivo de la tierra. En tal sentido se la ve aparecer reiteradamente en los diferentes textos que se incluyen en el «Expediente de Ley Agraria», algunos de los cuales son de Olavide¹². Arriquibar, con mucha frecuencia, en gran número de sus páginas, escribe *cultura* por cultivo agrícola¹³, y en Moratín, subsiste, junto a otras formas que vamos a ver, ese uso habitual¹⁴. El testimonio de Foronda nos servirá para comprobar cómo se pasaba de uno a otro, es decir, como el uso de origen clásico había dado origen al uso moderno, mostrándonos una etapa intermedia en la evolución. Foronda nos da esta definición «la educación, esto es, la agricultura del espíritu¹⁵».

10. *Genio de la Historia*, recojo y comento el pasaje en mi obra citada en la nota 4, p. 585.

11. Cita textos del historiador navarro Moret, del cronista madrileño A. León Pinelo y del crítico Palomino. Ese tomo del Diccionario se publicó en 1726.

12. En la ed. parcial de los fragmentos más significativos, en relación al pensamiento de la época, que de tal informe ha llevado a cabo A. Elorza (*Revista de Trabajo*, nº 17, 1967), pueden verse ejemplos de lo dicho en p. 192, 225, 230, 243, 251, 262, etc., los textos de las dos últimas citadas son del Informe de Olavide: «la cultura de tanta tierra» se dice en ellos. En la p. 230 se cita al marqués de Mirabeau, *El amigo de los hombres* (tal vez las lecturas de los fisiócratas franceses contribuyeron a fortalecer el uso tradicional agrario de la palabra, a pesar de la desviación semántica que se había acentuado en el castellano del siglo XVII).

13. Arriquibar identifica hasta tal punto cultura con agricultura que emplea la primera de ambas palabras para designar una de las tres grandes ramas de la actividad económica: «cultura, industria y comercio» (*Recreación política*, 2ª parte, 1779, p. 4).

14. De la «cultura de árboles y viñas» habla en *Obras póstumas*, t. I, p. 367. Lo habitual en Moratín es un uso moderno.

15. *Cartas sobre la Policía* (esa carta es de 1.800), cito por la 2ª ed., Pamplona, 1820, p. 276.

Parece que fue diferente el caso de la lengua francesa: se dice que en ella la palabra «culture» se mantiene apegada al uso tradicional. Sospecho que en J. du Bellay está iniciada ya la transformación del proceso¹⁶; pero es cierto que cuando un escritor como Voltaire aplica el concepto de «cultivo» a los espíritus, lo hace conservando su inmediato y puro sentido metafórico al término, conservando como base su valor tradicional. Ninguno como Voltaire que concibió por primera vez sistemáticamente una Historia de la civilización e intentó realizarla por escrito, hubiera necesitado un nombre para designar a ese resultado o legado de la Historia, cuya formación y acrecentamiento a través de los pueblos, antes que otros — no podemos entrar en el antecedente de Vico — él contemplaba. Sin embargo, lo cierto es que la palabra falta en sus páginas; incluso esa otra de cultura que hubiera podido ser utilizada con tan ajustado sentido y que unos años después lo sería por Masdeu, en el ámbito del castellano y de la Historia española, en Voltaire no se ensancha en su acensión directa y conserva su significación de trabajo agrario; en algún pasaje, sin perder nunca de vista esta última, se aplica con valor estrictamente metafórico para referirse a los productos, no del campo, sino de la historia humana. Voltaire ensancha el ámbito de la historia como pocos: después de él, ya no podrán ser sólo las actividades políticas y militares, el objeto de la historia que se haga al nivel del tiempo, sino que también la filosofía y la ciencia, la moral y las costumbres, la religión, el arte, entrarán en su ámbito. Voltaire, estudia los hechos con rigor y le interesa la variedad de pueblos, caracteres, modos de vida: las «mœurs des peuples», y aún así, cuando, convencido de que la unidad de un sistema final se da bajo las diversidades, cuando reconoce la unidad de la naturaleza, con sus principios invariables, en la historia humana, se arriesgará a escribir tan sólo: «le fond est partout le même et la culture produit des fruits divers¹⁷»: cultura de frutos humanos, es mera expresión metafórica.

No conozco más estudio sobre el tema de la voz «cultura» en Francia que las páginas que en un estudio que luego citaremos le dedica L. Febvre: según él, en sentido equivalente al de civilización, la voz cultura en Francia procedería de influencia alemana, aparece en tempranos comentarios y traducciones de Kant, en el vértice entre los siglos XVIII y XIX: en 1808 se da noticia de una «Historia de la cultura» y el desarrollo del uso del término parece ligado al círculo de los hermanos Humboldt. Claro que, en Francia, para entonces — como vamos a ver a continuación — llevaba ya en

16. *Défense et illustration de la langue française*, ed. de Seché, Paris, 1905, p. 64.

17. *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, ed. de R. Pomeau, Paris, t. II, p. 810.

circulación casi medio siglo la voz civilización que iba a expresar cumplidamente esa manera de ver la Historia que quedaría como una creación de la mentalidad francesa dieciochesca.

Sin embargo, por las mismas fechas en que Voltaire escribe, el P. Feijóo que como revelan algunos de sus ensayos — y muy en especial el titulado «*Mapa intelectual y cotejo de naciones*» — había llegado a alcanzar una visión próxima a la del «*Essai*» voltairiano, si no emplea nunca, ni en los escritos más tardíos, la voz «civilización», hace uso repetido de «cultura» en un sentido casi equivalente: cultura es, vistos en unidad de un proceso, el conjunto de bienes principalmente intelectuales y también materiales — en cuanto éstos son productos de un saber técnico —, que los pueblos adelantados alcanzan en su marcha histórica. Por eso nos dirá que las diferencias respecto a nivel intelectual de unas naciones comparativamente a otras, y por tanto, la deficiencias posibles de algunas en un momento dado (se refiere polémicamente a las imputaciones contra el mal estado de España), no proceden de naturaleza, temperamento o carácter fijos, de un pueblo, sino que son consecuencia ocasional de su «falta de cultura¹⁸».

Ignoro si la cuestión de la evolución de la voz *cultura* sigue en Francia en el mismo estado en que la dejó L. Febvre. No he visto luego nada posterior. Pero tiene sentido que en España esa evolución se adelantará porque en ella se contemplaba de siglos atrás, en el recinto mismo de la Península, y desde fines del siglo xv, en medios exóticos — Canarias, América — la coexistencia de grupos étnicos que no sólo diferían por alguna costumbre, algunos mitos, algún aspecto particular de su mentalidad y sus modos de vida, sino que las diferencias se apreciaban en el conjunto de cuanto les atañía. Hacía falta ya, desde muy pronto, una palabra que designara globalmente esos conjuntos diferenciales y fue la palabra «cultura» la que vino a usarse a tal objeto. Ya vimos, desde su primera aparición, tal como es empleada por San José, que se dan por supuestas distintas culturas: de los griegos, de los latinos, de los hispanos. Cuando llega el xviii y su uso se intensifica, ese carácter se conservará. Naturalmente, un Forner podrá hablar de la «cultura humana¹⁹», como de un proceso general que viene de un origen común. Sin duda, para que la misma palabra sirviera en todos los casos algo había de tener de general. Pero el propio Forner (al hablar también de que España, bajo los romanos «participó de la cultura e ilustración» que éstos comunicaron a las provincias o al reconocer en otro pasaje la mayor cultura de los árabes que fue extendiéndose por el país, o al afirmar que

18. B A E, vol. LVI, p. 87.

19. *Discurso sobre el amor de la patria*, en el vol. de «Obras», 1843, p. 230.

fue con Alfonso X con quien dio comienzo una cultura en lengua española entre otros ejemplos, admite una pluralidad de culturas²⁰.

Según ello, hay un movimiento general de la que llaman «cultura», especificado, diferenciado, en el proceso particular de cada pueblo. Por eso, los ilustrados — y veremos enseguida la razón de que esta idea se difundiera —, poniendo en juego su conciencia histórica, sostienen que la cultura, en la que no puede, pues, dejar de reconocerse un movimiento general, se presenta en cada pueblo en momentos diferentes de su desarrollo, según las fases de la Historia de aquéllos. Por ejemplo, Arroyal recordaba que «los ingleses, sin embargo de su actual cultura, fueron hasta poco más de doscientos años hace, un pueblo tosco, preocupado y pobre²¹». Por su parte, Foronda distingue «la cultura e ilustración» que en un momento dado haya adquirido no ya un pueblo, sino otro grupo humano, una clase²². Foronda servía así el interés de una nueva clase, la burguesía, por sus títulos de distinción. En cuanto que la economía política constituía para el ilustrado de mentalidad burguesa, la base del que ya nosotros aquí podemos llamar proceso cultural de un pueblo, los economistas — Normante, A. Muñoz, etc. — establecieron un nexo entre economía — utilidad — cultura²³.

De todas formas la cultura, en el XVIII, hace referencia a la participación que un pueblo ha conseguido en los bienes del espíritu, del saber, del arte, de la técnica, a través de su desenvolvimiento histórico. Ello constituye un factor a tener en cuenta al considerar bajo cualquier aspecto la vida de ese pueblo.

Llega a tal punto de desarrollo esta teoría de la cultura que Masdeu concibe la trabajosa empresa de escribir una «Historia crítica de España y de la cultura española», en 1783. Se observa cómo, en ese contexto «cultura», equivale ya, con cierta aproximación, al francés «civilisation». Masdeu ofrece componer «una historia completa del estado político de España y de la cultura de sus naturales, en todas suertes y en todas las edades», comprendiendo la serie de las «épocas y vicisitudes más notables del gobierno y cultura española²⁴». Masdeu, sobre la base de genera-

20. Estos pasajes corresponden al Discurso citado en nota 3.

21. *Cartas económico-políticas*, 1ª y 2ª partes, ed. de Caso González, Oviedo, 1971, p. 169.

22. *Sobre lo honrosa que es la profesión del comercio*, en *Miscelánea*, Madrid, 1787, p. 3.

23. El que fué famoso profesor de la Sociedad de Amigos del País de Zaragoza, Normante, afirmaría que la economía era «el Arte de conducir a los pueblos a su cultura y opulencia» (38). Se explica también que Antonio Muñoz, en su *Discurso sobre la Economía política*, Madrid, 1969, introduzca un capítulo titulado «De la cultura de una nación» y en él nos enuncia, incluso, el principio rector que hay que afirmar sobre el desenvolvimiento del proceso histórico de un pueblo, entendido como movimiento cultural: «la divisa de la cultura debe ser la utilidad general» (39).

24. Tomo 1º, p. 16.

lización que supone por de pronto el empleo de una voz común, singulariza la cultura como resultado del proceso histórico de los pueblos: su obra será una «Historia de la cultura» referida a España, concebida y realizada veinticinco años antes de la que L. Febvre citaba en 1808 en Alemania.

También antes de que termine el siglo, Moratín hablará de la «cultura nacional» como creación peculiar, en la que debe amalgamarse lo espontáneo y lo que se asimila de otros pueblos²⁵. Añadamos que la «cultura de nuestros nacionales» es expresión de sentido muy próximo que emplean los Mohedano²⁶. Y en este grupo de enunciados no puede faltar el que señala Masdeu: desvelar «el genio característico de la nación respecto a la cultura²⁷».

Ahí está el objeto de una verdadera Historia. Conforme lo propone Forner, constituyen tal objeto: «las costumbres, usos, comercio, artes, ciencias y demás ramas en que se echa de ver la cultura o barbarie de los pueblos²⁸». Coincidiendo con este punto de vista, los Mohedano declaran explícitamente el enlace que en la Historia de una nación, se da «entre las ciencias, policía, cultura, gobierno, leyes y artes», todo ello influye y se integra «en la policía y cultura de los nacionales²⁹». Por eso, su desarrollo se liga — afirma Fernández de Navarrete — al fomento del que podemos considerar en síntesis programa de la Ilustración y objetivo de la Historia para la misma: el hecho de fomentar los conocimientos, las costumbres, las virtudes de los hombres, fundiéndose en su amor a la patria, «mejora su cultura y policía y conspira a la felicidad universal³⁰».

Tendríamos que ocuparnos de dos términos emparentados con el que principalmente nos interesa: «policía» y «civilidad», pero no tenemos tiempo para ello. Fijémonos en la aparición del verbo que anticipa la del sustantivo que nos interesa.

LA ACCION DE CIVILIZAR Y LOS PUEBLOS CIVILIZADOS

Antes de que medie el siglo XVIII, según los datos reunidos por L. Febvre, son comunes en francés el verbo «civiliser» y su participio «civilisé», aplicado a aquel individuo o pueblo que ha asimilado la acción que tal verbo designa. Desde entonces esa palabra se va a difundir para designar la empresa de un gobierno ilustrado.

25. B A E, vol. II, p. 148 y 568.

26. *Ob. cit.*, t. I, p. 59, 68, 75, 76.

27. *Ob. cit.*, tomo cit., p. 85 y 86.

28. *Discurso... sobre la Historia de España, loc. cit.*

29. *Historia literaria de España*, t. I, 1766, p. 75.

30. *Discurso sobre los progresos que pueden adquirir la economía política con la aplicación de las ciencias exactas y naturales...*, Madrid, 1791, p. 3.

En 1768 se publica en España el libro en el que hasta ahora hemos descubierto por primera vez el verbo en infinitivo a que nos referimos y entendido en el sentido de la acción política que acabamos de indicar. En efecto, Romá y Rosell, en «Las señales de la felicidad de España» afirma que incumbe a los gobiernos «infundir a la plebe aquellos sentimientos de honor que la civilizan» — la frase encaja en el fuerte estamentalismo del autor³¹. Poco después Normente coincidirá en sostener que «el gobierno y policía de los pueblos comprende el arte de civilizar los ciudadanos³²». Civilizar, pues, es verbo que ha entrado en el castellano y viene a expresar una acción temporalmente desplegada, un proceso al que han de atender quienes gobiernan a los hombres, a fin de dotar a los mismos de los recursos morales, educativos, científicos, técnicos, económicos, etc., que confieren a un pueblo una posición avanzada en su desarrollo histórico. Se comprende que dada la carga intelectualista del pensamiento ilustrado, Meléndez Valdés sostenga que hay que darse al estudio de las letras — en la amplia acepción de lo que se llaman letras en la época — porque «civilizan los pueblos³³». También la prensa dieciochesca nos da ejemplos de lo que llevamos expuesto: «El Corresponsal del Censor», entre otros ejemplos, habla de una Real Cédula que se ha dado, cuyo objeto era nada menos que «civilizar a los naturales de una isla de América³⁴». Añadamos que Arroyal conoce el infinitivo «civilizar» y en carta de 1792 lo aplica a una de las empresas de gobierno de este tipo que más admiradas fueron durante una fase de la Ilustración: el zar Pedro el Grande, nos dice, llevó a efecto «la generosa resolución de civilizarse a sí propio para civilizar a los suyos³⁵».

Naturalmente, el resultado de la acción de ese verbo civilizar que ya por su parte nos muestra el esquema de un proceso o marcha hacia un objetivo, nos la da el participio «civilizado». Las dos formas aparecen y se difunden a la vez, como es lógico. En España es en la traducción del barón de Bielfeld y en la misma obra de Romá y Rosell en las que descubrimos también el participio indicado. «La generosidad — escribe este autor catalán —, la magnificencia y la profusión del español civilizado, por punto

31. Madrid, 1768, p. 138. La traducción española de las *Instituciones políticas* del barón de Bielfeld (1767), emplea «civilizar», «civilizado», y «civilidad» — ignora «civilización» — donde el original que fue escrito en francés dice «polir», «poli», «politesse» (su fecha es 1760).

32. *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos y la necesidad de su estudio metódico*, Zaragoza, 1784, p. 28.

33. *Discurso... sobre las jácaras y romances vulgares*, recogido en el vol. *Discursos forenses* (Madrid, 1821), p. 185.

34. P. 192.

35. *Cartas económico-políticas*, 2ª parte, ed. cit., p. 163.

general no tiene límites³⁶». En 1772, Cadalso, en «Los eruditos a la violeta» nos hace ver que el empleo de este participio es habitual: él que tan acerbamente ironiza sobre barbarismos y neologismos, lo escribirá como una palabra corriente, cuya presencia en un texto no llama la atención³⁷.

Observemos que cuando el europeo no se tropiece solamente ya con noticias de viajeros, o de exploradores, o de conquistadores, sobre hombres primitivos, sino que, articulando piezas de una visión antropológica, iniciada ya en el siglo XVI, llegue, doscientos años después, a construir sistemáticamente la teoría del «salvaje», necesitará de otro nombre para designar a aquel que se halla colocado en el otro polo del mundo histórico. Si este otro tipo humano que ha llegado al final de un proceso de esmerado perfeccionamiento social es el producto de una tarea de civilizar, es claro que él será el «civilizado». Y con la aparición de este término tenía que plantearse la discriminación salvaje-civilizado, de la que encontramos ejemplos en las novelas de Montengón, antes aún se ven atisbos en los ensayos de Feijóo, pero que de una manera sistemática, con el uso de esa pareja de vocablos que acabamos de citar, se nos ofrece, por ejemplo, en el prólogo que Martínez de Irujo escribe para su traducción del compendio, redactado en francés por Condorcet, de la obra de A. Smith: se contrapone allí el estado de las «naciones civilizadas» que disponen de cuanto es necesario para la vida y crecen en riqueza y población, al de los «salvajes», con una subsistencia incierta y penosa³⁸.

También en la traducción de uno de los Resúmenes o extractos que de la obra más famosa del Conde de Buffón se hicieron, aparece empleada la misma diferenciación, que allí se contempla con mayor optimismo, hacia los pueblos salvajes, suponiendo que aunque con facilidad mayor o menor, podrán subir de nivel: «esto dependerá principalmente de la cercanía o distancia que hubiese entre estos nuevos hombres y los hombres civilizados». Se atribuye un grado de permeabilidad a los salvajes que en ciertos aspectos les hace más capaces de asimilación: «debe ser más fácil a un salvaje entender y hablar todos los idiomas de los otros salvajes que le es un hombre de una nación civilizada aprender el de otra nación también civilizada³⁹». Esto, por otra parte, nos hace comprender que el estado de civilizado se concibe como una estación final, con las ventajas que ello supone, sin duda, pero también con un endu-

36. *Ob. cit.*, p. 140.

37. Ed. de Glendining, Salamanca, 1967, p. 109: «...hasta que civilizadas más las naciones...»

38. *Compendio de la obra inglesa titulada Riqueza de las Naciones*, Madrid, 1803, p. 11.

39. *Espíritu del Conde de Buffon*, Valladolid, 1798, p. 94 y 100.

recimiento de facultades para toda asimilación nueva que salga del marco de los propios caracteres de su cultura.

Manuel de Aguirre, Fernández de Navarrete, Capmany, otros muchos, se sirven del término, ya con carácter poco menos que habitual. El segundo habla de los «pueblos civilizados», haciendo esta expresión equivalente a la de la «cultísima Europa», o la «civilizada Europa» de que hablan también Valentín de Foronda, Jovellanos, etc.⁴⁰. Nuestros autores son, en general, convencidos partidarios de las ventajas que ofrece el hombre civilizado y en la comparación del mismo con el salvaje, están de parte del primero. Antonio Muñoz, economista, considera de los hombres que «civilizados son más fáciles de gobernar⁴¹». Y Moratín admiraba «aquella flexible y cómoda moralidad que es ya peculiar de ciertas clases en los pueblos más civilizados de Europa» — maravillosa manera de entender la moralidad esa que le aplica como ejemplares valores de flexible y cómoda⁴².

Finalmente en uno de sus últimos escritos (1801), recordemos que Montengón ponderaba los muchos conocimientos «que son necesarios en el uso de la sociedad civilizada⁴³»; aquí se destaca la riqueza de saber científico y técnico que han de formar parte de la «instrucción general» para que los individuos de un país merezcan recibir tan preciada calificación.

La consideración conjunta de los textos que acabamos de citar nos remiten a factores políticos, morales, sociales, científicos, técnicos, educativos, cuya posesión se reconocía en los pueblos más adelantados de Europa, hacia la cual aspiraban — o así lo suponían los Europeos — los restantes pueblos con los que entraban en contacto. Hacía falta una palabra, un sustantivo, para designar, con un sentido conjunto y unitario, todo eso que los pueblos adelantados, según decía Aguirre, poseían. Para ello muy bien

40. Aguirre, *Sistema de las Sociedades patrióticas*, Zaragoza, p. 53; Navarrete, *Historia de la Náutica* (obra póstuma), BAE, LXXVII, p. 284; Capmany, *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de Barcelona*, 177 d., t. I, p. 23; Foronda, *Sobre... el comercio*, ya citado, p. 33, y *Cartas sobre la policía*, p. 115 y 193.

41. *Discurso sobre la economía política*, Madrid, 1769, p. 101.

42. Ya desde su posición de economista ilustrado A. Muñoz verá en la cultura igualmente que tantos otros, un factor del desarrollo económico, pero más aún, una base del desarrollo del bien general de los grupos humanos, la sociabilidad: «la sociedad hace cultas a las naciones y la cultura estrecha los vínculos de la sociedad» (*Ob. cit.*, p. 49). Hay en ello, como se observa desde que Feijóo opta por el uso de la voz cultura y hace de su estimación positiva una tesis general, la más o menos explícita defensa de una tesis opuesta a la versión banal y rutinaria de rousseauianismo como teoría del estado natural. Jovellanos que tan frecuentemente se sirve de la voz «cultura», hace de esta la expresión de la aspiración y estado final de perfeccionamiento del hombre, posesión de las naciones ilustradas de Europa», frente a las tesis del primitivismo natural (BAE, t. 1º de las *Obras de Jovellanos*, p. 254 y 255). Cuando se lleve a cabo la contraposición salvaje-civilizado, la preferencia por este último seguirá siendo general.

43. *Frioleras eruditas y curiosas*, Madrid, 1801, p. 4 y 5.

servía — y no dejaría de utilizarse nunca — la palabra «cultura» de la que hemos visto disponían de siglos atrás los españoles. Pero, atendiendo tanto a la condición de todos aquellos factores, entre los que los económicos no se consideraban inferiores a los morales, como a la manera de disponer de ellos y de gozarlos, así como a la novedad de que era conveniente matizar el concepto en ese momento, habían matices que impulsaban a buscar una palabra nueva para una situación de hecho nueva también. Si se tenía el verbo «civilizar» para designar la marcha hacia la consecución de esos bienes y el participio «civilizado» para nombrar a quienes los habían conseguido, resultaba obvio que el sustantivo que se necesitaba no podía ser otro que el de «civilización».

LA APARICION EN FRANCIA DE LA VOZ CIVILIZACION

Hemos de hacernos cuestión del problema en Francia, porque de allí irradió a todas partes y entre otras a España. No podemos acabar de entender lo que la innovación lingüística y, más aún, historiológica del neologismo representaba, sin considerar el antecedente francés. Sobre este disponemos de los datos que reunió L. Febvre en un artículo que tiene ya sobre cuarenta años, pero que en su mayor parte, sigue siendo válido⁴⁴. Cuando en fechas recientes F. Braudel se ha ocupado, aunque desde otro punto de vista, del concepto de civilización, ha seguido utilizando, en cuanto a los orígenes del tema, las referencias del que fué su maestro. Sin embargo, tendremos que completarlas con las que ha aportado un ilustre lingüista.

Los resultados de su investigación le llevaron a L. Febvre a afirmar que el término «civilización» aparece en Francia, en 1766 (es esta una de las noticias que sigue recogiendo Braudel). Se había querido señalar su presencia en Turgot, en 1752, pero parece que se trata de interpolación tardía⁴⁵. Observemos por nuestra cuenta que Turgot fue muy fiel mantenedor del uso léxico tradicional, lo que se corrobora si leemos su «Tableau philosophique des progrès successifs de l'esprit humain» (1750). En este grandilocuente discurso ante la

44. *La Civilisation, le mot et l'idée*, Paris, 1930, recogido en el vol. *Pour une histoire à part entière*, Paris, 1962.

45. No figura, al parecer, en ningún otro lugar de las obras de Turgot, en las cuales tampoco se emplea civilizar ni civilizado, a pesar de ser ya corrientes. Al hacer Dupont de Nemours la edición de las obras de Turgot introdujo él probablemente el neologismo — que en escritos de Dupont sí es usado. En la ed. preparada por Schelle, de Turgot, que es la más autorizada, no figura tal palabra. Febvre, de quien procede la anterior información, observa que tampoco se halla en obras que de ser ya conocida aquella, la hubieran sin duda usado, como el *Discours sur l'inégalité* de Rousseau (1959), las *Considérations sur les mœurs de ce siècle* de Duclos (1751), o *De l'Esprit*, de Helvetius (1753) — véase Febvre, p. 484 y 485. El Diccionario de Robert, tomándolo de Littré, insiste en la atribución a Turgot.

Sorbona, en el que pasa revista a los progresos del espíritu, a las conquistas de la razón, desde la cuna de la humanidad hasta los esplendrosos días de las «Lumières», Turgot emplea la contraposición de «barbarie-politesse», habla de los países «policés» y hasta emplea este último verbo en modos o tiempos que no son de uso frecuente: como ejemplo de lo que acabamos de decir valga el pasaje en el que afirma que la lengua latina «poliça» las provincias del Imperio⁴⁶. Es en una obra francesa que se imprime en Amsterdam, en 1766, «L'Antiquité dévoilée par ses usages», donde su autor, Boulanger, pone por escrito por vez primera, conforme a la tesis de L. Febvre, el nuevo término. La obra estaba terminada en 1759, año en que su autor murió. Y fue publicada en esa citada fecha de 1766, por el barón d'Holbach. Como en ninguna otra de las obras de Boulanger aparece el nuevo vocablo y d'Holbach, en obras suyas de años posteriores se sirve de él reiteradamente, Febvre se inclina a pensar que es una interpolación del editor en esa fecha que venimos mencionando⁴⁷.

El Diccionario de Bloch-Wartburg, completando y corrigiendo lo que sobre el tema se decía en el Diccionario grande de Wartburg, asegura que la palabra fue creada por el Marqués de Mirabeau, en «L'Ami de l'Homme» (*sic*) en 1756. No nos ha sido posible dar con el pasaje, ni deben conocerlo tampoco los historiadores franceses que acabamos de mencionar. En la reedición de sus páginas o en trabajos posteriores suyos, no se recoge la información del Bloch-Wartburg. Nosotros creíamos, sin embargo, que no era dato a desechar, y estando seguros como lo estábamos de que la palabra, en Francia, era anterior a la fecha que L. Febvre le atribuía, dimos por supuesto que un lector más afortunado lograría descubrirla en Mirabeau o en otra fuente de esos años.

Efectivamente, el trabajo de Benveniste sobre el tema viene a cambiar el estado de la cuestión, desde 1954 en que se publica, aunque ha sido más tarde, al ser recogido en su «Problèmes de

46. Citamos por la ed. de sus *Écrits économiques*, Paris, 1970, preparada y precedida de un estudio preliminar de B. Cazes, p. 43, 52, 53.

47. Después de Boulanger — d'Holbach, se encuentra el término en el abate Baudeau, *Ephémérides du citoyen*, 1767, y en alguna otra obra suya; en la difundida *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, del Abate Raynal, 1770. Se introduce en traducciones de obras extranjeras que no lo contienen, como en la de la obra inglesa de Robertson sobre el emperador Carlos V (1771), o en la de J. Millar, *Observations sur les commencements des sociétés* cuyo original inglés lo ignora. Diderot, en escritos de 1773-1774, lo emplea, y aparte de algún raro caso más, en 1798 se le da entrada en el Diccionario de la Academia francesa. Merece la pena recordar que no aparece en la influyente obra de Chastellux, *Considérations sur le sort des hommes dans les différentes époques de l'Histoire* (1772), ni en la universalmente difundida de Buffon, *Epoques de la Nature* (1774-1779), tan decisiva para la introducción de un concepto histórico como el de «época» ligado al pensamiento al que la voz civilización se conecta. Falta en algunas otras obras de significación semejante. Y no aparece ni en la *Enciclopedia*, ni en la *Enciclopedia metódica* (Febvre, p. 481 y ss.).

linguistique générale» cuando ha alcanzado aquél más amplia repercusión⁴⁸. Resumiremos lo principal de las aportaciones de Benveniste. En 1757 se publica «L'Ami des hommes», obra del Marqués de Mirabeau, aparecida en esa fecha, en forma anónima. En ella se encuentra ya la palabra, hacia la mitad de la obra, referencia que se halla ya en el Bloch-Wartburg (aunque con error de fecha y título al citar la obra). Benveniste cita, además, el borrador de una obra que Mirabeau dejó inédita (aproximadamente, de 1768), la cual debiera titularse «L'Ami des femmes ou traité de la civilisation». Lo que cuenta para nosotros, pues, es el primer dato; el segundo es ya de fecha tardía. Observemos, no obstante, una cosa sobre él: al referir a las mujeres, la civilización como bien que éstas traen a la sociedad, aquella viene a significar, en el espíritu de la época, algo así como «urbanidad» (cosa muy lejana de toda una visión de la historia universal que es lo que a nosotros nos interesa). «Resulta de esos casos en que la emplea que, para Mirabeau, *civilización* es un proceso de lo que hasta entonces se llamaba «police», un acto tendente a hacer al hombre y a la sociedad más «policés», el esfuerzo para atraer al individuo a observar espontáneamente las reglas de conducirse correctamente y para transformar en el sentido de una mayor urbanidad las costumbres de la sociedad⁴⁹.» La palabra, pues, se halla en Mirabeau, pero el concepto moderno aún no ha sido fijado con la precisión que aparece en Boulanger. A los textos de éste, del abate Baudeau, de Holbach, de Dupont de Nemours, Benveniste añade uno, interesante en su contenido, de Linguet (1767), pero su fecha es ya muy avanzada.

En los pasajes de los últimos autores que hemos citado, tal como los recogen Febvre o Benveniste, la civilización es la meta de un movimiento, que llega a un estadio en el que se mantiene en relativa fijeza. Se puede ensanchar su ámbito a otros pueblos, se puede enriquecer su contenido con alguna idea nueva. Pero civilización, en cuanto estado de un pueblo civilizado, supone un nivel que prácticamente queda estabilizado. Puede haberse alcanzado por el camino de las letras, del comercio, de la propiedad y la riqueza, por todos ellos a la vez, y en la medida en que se alcanzan esos bienes, el proceso de civilizar a un pueblo se ha logrado y éste se halla en posesión de un grado de civilización que puede tomarse como modelo. Esto es lo que ocurre con Europa y a ello hay que referir la mención que el abate Baudeau hace a «l'état actuel où se trouve la civilisation de l'Europe⁵⁰». Volvemos a ver

48. París, 1966. El artículo con que se cierra este volumen se titula *Civilisation: contribution à l'histoire du mot*, p. 336 y ss.

49. *Ob. cit.*, p. 339.

50. Véase el trabajo citado de L. Febvre, p. 487, n. 1.

aparecer el paradigma de Europa. (En definitiva, el concepto de civilización en el XVIII, como el de progreso en el XIX, como el de desarrollo — y yo no sé si añadir el de lucha de clases —, en el XX, han sido grandes instrumentos de europeización de la Historia universal, de eso que Freyer ha llamado «Weltgeschichte Europas».)

La idea de civilización, escribe Braudel, vino a expresar «un ideal profano de progreso intelectual, técnico, moral y social»; en definitiva, venía a ser equivalente a «lumières»⁵¹. Recordemos que antes, en algún texto español dieciochesco, nos hemos hallado con la equiparación *cultura* e *ilustración*. Si dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, cultura y civilización se nos aparecerán ahora equivalentes. Para comprender esto, tiene su valor tomar en cuenta la experiencia de los escritores ilustrados españoles. Al hablar de las palabras *cultura* y *civilizado*, hemos expuesto la primera parte de la cuestión. Vamos a ver cómo penetra y se desenvuelve en nuestro siglo XVIII el término *civilización*, para completar el estudio del tema.

LA VOZ CIVILIZACION EN ESPANA

La entrada y primera difusión de este neologismo, entre nosotros fué bastante rápida, respecto a las fechas de su expansión entre los escritores franceses. Mediaron algunos años para que pasara a otros países. Los italianos se redujeron a introducir cierto cambio semántico en su ya antigua voz «civiltá», que se ha conservado hasta el presente. Hay un tempranísimo caso de aparición de la voz civilización en Inglaterra — 1704 — recogido por el Diccionario de Oxford, en el que viene a significar tanto como secularización, lo contrario de lo que cae en el ámbito eclesiástico. Pero esto es cosa muy diferente, aunque quepa ver un último, lejano parentesco. En Inglaterra, sobre 1772, todavía se imponía un criterio adverso a la introducción de la nueva palabra.

En Inglaterra, Benveniste se esfuerza por adelantar las fechas. Lo cierto es que aparece, según sus datos seguros, en 1767, en la obra de A. Ferguson, «An Essay on the History of Civil Society». En 1771, un profesor de Glasgow, J. Miller, cuya obra se traduce al francés, emplea el término y éste aparece repetidas veces en la obra de A. Smith, «An Inquiry into the Nature and Causes of Wealth of Nations» (1776). Benveniste quiere suponer que Smith se habría familiarizado con la nueva voz, desde su estancia en Francia, 1765-1766; pero no hay nada que lo confirme. Por otra parte, como se conserva una carta de D. Hume a A. Smith hablán-

51. *Ecrits sur l'Histoire*, Paris, 1969, p. 259.

dole de la obra de Ferguson, en 1759, supone Benveniste que en el manuscrito de ésta, en tal fecha, se encontraría ya la palabra en cuestión. Lo cierto es que en 1772 se sitúa el curioso dato que recogió Febvre: en ese año Boswell va a visitar al doctor Johnson, autor de un Diccionario y le pide que introduzca la voz «civilization», a lo que éste se niega porque para expresar lo que ésta expresa se posee ya en lengua inglesa «civility»⁵². Benveniste entiende que esto es un dato de la gran difusión que la palabra civilización había adquirido; nosotros nos inclinamos a pensar más bien, en lo muy raro que todavía resultaría su uso⁵³.

En España, nos encontramos con un dato que a nuestro modo de ver obliga a revisar las conclusiones mismas sobre el caso en Francia y seguir con la investigación del tema en ésta. Hemos visto que Febvre, seguido por Braudel, sostiene que el primer testimonio escrito es de 1766; Benveniste ha adelantado la fecha a 1757. Creemos que es necesario suponer que desde unos años antes existiera y se usara en el lenguaje hablado. Como yo estoy seguro de que la palabra «civilización» es de origen francés en su concepto moderno, tomada como visión del resultado del proceso histórico, y pensamos que de Francia irradió a los otros países, nos vemos obligados a sostener que efectivamente en Francia bastantes años antes debió de formarse este neologismo y adquirir cierta difusión, pasando poco tiempo después a España.

En efecto, en España el primer testimonio escrito es de 1763, es decir, tres años antes del dato que L. Febvre establecía en relación a Francia mismo. Se trata del título de un sainete de Don Ramón de la Cruz, del año que hemos dicho. Werner Krauss publicó hace años un artículo sobre unas escasas referencias a la nueva voz en la Ilustración española, donde cita esta pieza⁵⁴, aunque sin caer para nada en la cuenta del interés que la fecha ofrece. Pensé, en un primer momento si la fecha de la pieza y también su título serían insostenibles. En su colección de sainetes del autor madrileño, E. Cotarelo lo incluye con el título citado, con la fecha expresada y dice que lo toma de una «copia antigua» existente en la Biblioteca Municipal de Madrid. ¿Sería un error de tal copia la fecha en cuestión y el título? Creo sinceramente que no. Cotarelo inserta al final de la obra, en nota a pie de

52. *Ob. cit.*, p. 341-342. Febvre cuenta la anécdota tomándola del *New English Dictionary* de J.A.H. Murray (1893), que todavía no daba ningún dato de fecha anterior, a pesar de su archiconocida presencia en A. Smith.

53. *Ob. cit.*, p. 342. Febvre encuentra más razonable la interpretación del significado de la anécdota en sentido inverso, aunque dada la fecha tan avanzada que reconoce en el primer ejemplo francés, duda de dónde pueda estar el origen del término.

54. *Sobre el destino español de la palabra francesa civilización en el siglo XVIII*, B. Hi., LXIX, 1967.

página, las censuras que figuran en el manuscrito: una del doctor Varrones, lleva fecha de 14 de octubre de 1763; otra, a continuación, del fiscal de comedias — Antonio Pablo Fernández — es de 16 del mismo mes y año; y aún lleva otras dos aprobaciones, del mismo mes, octubre de 1763⁵⁵. Creo que ello es suficiente para aceptar que esta fecha es válida, porque no se ve razón para que fuera falsificada con tanto cuidado. Veamos ahora la cuestión del título. Cuando años más tarde, Sempere Guarinos publica su «Ensayo de Escritores del reinado de Carlos III», inserta una lista de las obras de Don Ramón de la Cruz que le ha pedido a su propio autor (el segundo volumen de la obra de Sempere en que el artículo sobre aquél se incluye es de 1785). Allí el sainetero, que compone su lista por orden alfabético, incorpora el sainete en cuestión y lo hace con el título que ya hemos visto, «La civilización⁵⁶». Pero es más, ya dos de las autorizaciones gubernativas para la representación de la obra que antes hemos citado, llaman expresamente con este mismo título, a esa obra a la que también califican de sainete. Es cierto que en ningún lugar del cuerpo de la pieza se emplea la palabra «civilización» y sí sólo la de «civilidad», así como las de «civilizados», «civilizar» y «civilizantes», rarísima ésta última. Pero está claro que sus censores, en el momento de ser escrita la obra, y su autor unos años después, la titularon sencillamente así, «La civilización». Y su fecha no puede dejarse de aceptar que sea la de 1763.

El argumento del sainete es bastante simple: un marqués, ansioso de difundir la ilustración, llega a sus tierras y se propone «civilizar» a sus vasallos con ayuda de unos criados suyos que secundan sus ideas ilustradas, a los que llama «civilizantes»; los aldeanos se indignan al ver que se pretende autorizar usos que van contra sus tradiciones e incluso contra la moral de la Iglesia, y echan a tales personajes, lo que hace que el marqués se arrepienta de su idea. Krauss, con innegable precipitación, ve en esto un destino adverso de la voz civilización en España, siendo así que tal vez fue la que inspiró con mayor fuerza, como vamos a ver, a los escritores y políticos que estuvieron en el movimiento de las Sociedades Patrióticas. Ante una ficción literaria del tipo del citado sainete, acertadamente localizada por el autor del mismo en un medio rural arcaizante, uno se pregunta sobre en qué parte de Europa las ideas ilustradas eran acogidas con triunfal clamor en los medios campesinos. Nos preguntamos también si hay lugar

55. E. Cotarelo, *Sainetes de Don Ramón de la Cruz*, N.B.A.E., vol. 23 y 24; véase t. I, p. 101, nota 1.

56. Sempere, *ob. cit.*, p. 234.

alguno — en toda Europa, quizá — en el que la aparición de usos nuevos y de los neologismos que los expresan no levanten la protesta irónica de los sectores conservadores. La ironía contra la novedad es, entre una cierta parte de los humanos, una actitud que puede descubrirse en cualquier ambiente y momento, con determinada significación política.

Hoy sabemos que, de acuerdo con lo que suponíamos, conforme los historiadores de la economía nos han hecho saber (entre ellos, G. Anes)⁵⁷, que los años en torno a la fecha citada, fueron tiempos de crisis agraria especialmente dura y de encarecimiento de las subsistencias. La obrita de Don Ramón de la Cruz, sainetero popular y de significación política reaccionaria, vendría a poner de manifiesto la tensión conflictiva que se había producido entre la ciudad y el campo, el recelo y hostilidad de los campesinos contra las gentes de esa ciudad desde la que querían imponerse las reformas. En consecuencia, los elementos populares rechazan las novedades cultas, debido a razones económicas (al comparar su penuria con la holgura de los poderosos cuya presión soportan) y a razones ideológicas (la mentalidad arcaizante del campo, en el Antiguo Régimen incomparablemente más fuerte que hoy). Y esa repulsa es utilizada por los elementos reaccionarios contra los elementos progresivos de la ciudad. No hay en ello — entendemos nosotros — ningún particularismo extraño que haya que identificar como peculiar ambiente español, sino un fenómeno sociológico bien conocido⁵⁸.

Descartado el título que pone a su sainete Ramón de la Cruz no descubrimos que vuelva a aparecer hasta más de quince años después, en las diferentes clases de documentos de la época que hemos visto (lo que no quiere decir que, como en Francia antes de 1757, en que sin duda existe y con apreciable grado de empleo, también en España se conozca antes de 1763, porque el hecho de que lo utilice como título de un sainete Don Ramón de la Cruz

57. De los años 1754-1774, escribe G. Anes (*Las crisis agrarias en la España moderna*, Madrid, 1970, p. 430): «La brusca disminución de las cosechas provoca una violenta subida de los precios y el aumento de la demanda de tierras origina un incremento de la renta. Estos años son de gran agitación campesina, de quejas y recursos al Consejo de Castilla, denunciando las tácticas de los acumuladores y de los propietarios de la tierra. El equipo ilustrado proyecta la promulgación de una Ley Agraria.» Recordemos que el *Memorial ajustado sobre las reclamaciones y quejas de las ciudades con voto en Cortes de Extremadura*, se inicia en 1764; el *Memorial ajustado... para el establecimiento de una Ley Agraria* empieza por RR.O. de 1766 y 1767. De estos años son muchas obras de reformismo agrario.

58. Preguntémosnos, por otra parte, ¿cómo completa la caracterización de esa pretendida mentalidad característica española del XVIII, el prof. Krauss?: acudiendo a un texto de un personaje totalmente ignorado en su tiempo, un cierto don Joaquín de Sotomayor, y a dos pasajes, cada uno de sendas publicaciones periódicas del tipo «para familias», ajenos por tanto a todo el movimiento de la Ilustración, representantes de los ambientes rutinarios que siempre quedan en considerable número en todas partes.

revela que no es novedad que acabe de ser descargada). Tenía que ser, sin embargo, palabra circulante y discutida antes de 1763, para que en esa fecha un sainetero popular diera por supuesto que las gentes del pueblo sabían aproximadamente de qué se trataba y la pusiera como título de una obra suya dirigida a un público nada culto. Sobre todo, todavía ha de ser más seguro que entre 1763 y 1799, se escribiera muchas veces en obras y papeles que o aún no nos son conocidos o no han sido considerados a este respecto. Reuniremos los textos en que nos volvemos a encontrar con la visión simplista de un estado favorable del presente: era de 1763 y esto sí, acabaremos señalando en ellos un matiz que singulariza su uso entre nosotros aunque no precisamente en el sentido en que Krauss había creído poder precisarlo.

Cuando en 1779 se publica el tomo de las «Memorias históricas» de Capmany, y el autor escribe un prólogo muy doctrinal que encabeza su obra, emplea al final del mismo la palabra civilización — repetida en algún otro pasaje, aunque siempre con un gran predominio de la palabra «policía». Y el uso que de ella hace revela que es cosa en él habitual y no menos en el sector al que su obra se dirige. Es más, nos hace ver que se emplea ese término en la polémica sobre el estado cultural de España, ya que a este tema se refiere Capmany: propugna que se escriba una Historia del comercio marítimo de las demás provincias en las que — además de Barcelona — se desarrolló y comenta que «su publicación hubiera impuesto silencio a la osadía, ligereza o ignorancia de algunos escritores extranjeros que nos colocan en la clase de las naciones donde menos progresos hizo la civilización⁵⁹». Aquí observamos, además, un concepto muy evolucionado, con rapidez que se explica en este caso y en otros próximos por la facilidad con que se trasvasaba a la nueva palabra, la parte de significado que ya se hallaba en «cultura». Para Capmany «civilización» ya nada tiene que ver con la pequeña idea de urbanidad, ni siquiera con el término que estudiamos después del inesperado antecedente el contenido que se fructificaba a través del proceso de la Historia.

Los tres siguientes ejemplos que nosotros hoy conocemos son de un mismo autor, muy característicamente ilustrado: Sempere y Guarinos, quien nos da muestra de reiterados casos de uso de la nueva palabra en varios de sus libros. Insiste por una parte en correlacionar «cultura» y «civilización» y refiere a ésta la idea de esos pasos sucesivos en avance, cuyo nombre él emplea en plural (en lo que reconocemos un testimonio de la teoría del

59. Capmany, *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la ciudad de Barcelona* (4 vols., 1779-1792) reedición de Barcelona, t. I, 1961, p. 17.

progreso). Sempere — y también lo que nos dice nos sirve de testimonio general sobre el sentimiento de las gentes en la época —, denuncia: «el orgullo que engendra la idea de superioridad con que se contemplan las naciones más cultas, respecto de las que no han hecho tantos progresos en la civilización⁶⁰.» Si este pasaje es de 1785, del mismo año es otro que figura en el comentario suyo sobre la Memoria que leyó en Junta del Banco de San Carlos, Cabarrús: en ese lugar, Sempere dice que las naciones «que han hecho algunos progresos en la civilización» comprenden que en caso de deficit de la balanza comercial hay que liberalizar los pagos al extranjero en oro o plata. Tenemos que, por una parte, Cabarrús sólo pudo leer ese papel en las Juntas del Banco de los años 1783 ó 1784. Si la palabra en cuestión estaba en su informe, es una de esas fechas la que hay que darle, pero si la frase no es de él, sino de Sempere y es éste quien insertó tal palabra al hablar del tema — lo que resulta más conforme con el contexto — hay que atenerse a la fecha del segundo volumen de su «Ensayo» que es donde se halla el artículo dedicado a Cabarrús: esa fecha es la de 1785, también, como ya hemos dicho⁶¹. Tres años después, con ideas económicas expansionistas, propias de su momento, Sempere nos dirá que el lujo es un resultado «de la que se llama cultura y civilización⁶²». Comprobamos, pues, que, alrededor de 1785, era un término que podía ser relativamente familiar a un autor; aunque durante bastantes años, su empleo seguirá siendo limitado.

Un poeta y magistrado, Meléndez Valdés, lector, como se sabe, de tantas obras extranjeras — como ha demostrado Demerson⁶³ — entre ellas de algunas que contenían el neologismo aquí considerado — nos proporciona un nuevo ejemplo datado en 1791. En un discurso pronunciado en la Audiencia de Extremadura dice: «cada pueblo que tiene un carácter individual que le distingue de otro pueblo, que habita un clima y suelo determinado, adora a la Divinidad con fórmulas y ceremonias particulares, y se halla en un cierto grado de civilización y cultura» (la fecha del discurso es 27 de abril de 1791)⁶⁴. Anotemos que la voz «civilización» surge emparejada y hasta equiparada una vez más a la de la cultura y que en un pasaje como ese en el que se revela el prerromanticismo del autor — que Azorín y Salinas señalaron —, sin embargo, la civilización aparece sobre un fondo racionalista todavía como

60. *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, t. I, Madrid, 1785, p. 34.

61. *Ensayo*, citado, t. II, p. 17.

62. *Historia del lujo*, Madrid, 1788; prólogo, p. 10.

63. *Don Juan Meléndez Valdés et son temps. 1754-1817*, París, 1962.

64. *Discursos forenses*, p. 252.

un proceso eslabonado, general y común, en el que cada pueblo ocupa, eso sí, una fase determinada.

Al año siguiente, en carta desde San Clemente de Cuenca, León de Arroyal hace uso de la nueva palabra en diversas ocasiones y según un modo ya habitual, revelándonos que su empleo no es cosa excepcional en 1792. Ante él aparece como un proceso general en el que van entrando los pueblos : «la *civilización* general, que, a pesar de los estorbos que a cada paso halla en la barbarie de los siglos anteriores, va insensiblemente mudando las costumbres de la Europa...»; las costumbres de las gentes son «un retrato de la *civilización* general», que corresponde a la etapa del movimiento de la misma en que cada pueblo se encuentra: por ejemplo, bajo la emperatriz Catalina, encontramos a sus súbditos «en esta primera época de la *civilización* de Rusia». Son éstas consideraciones que llevan a Arroyal a definir una ley general como de participación de cada pueblo en el proceso universal: «La *civilización* de los pueblos, causa principal de su opulencia, tiene tres grados, a saber, incremento, estancia y declinación» — de esa manera, en la primera fase hay mayor igualdad en la riqueza y en las siguientes se acentúa cada vez más la desigualdad⁶⁵. Todavía podemos comprobar el carácter de proceso, desde un origen primitivo, hasta un elevado estado en el que parece estacionarse, que el movimiento civilizador presenta, según este autor: en una nueva carta, también desde San Clemente, en 1793, Arroyal sostiene que el hombre, «apenas da un paso en la *civilización*» y aprende a domesticar animales, produce el aumento de éstos y el suyo propio⁶⁶. Se ve cómo la palabra responde siempre a una concepción expansiva de la sociedad y de la historia.

Todavía queremos tomar en cuenta otro interesante testimonio. En los años a que nos venimos refiriendo, globalmente en el último cuarto del siglo XVIII, entra en España y se esparce ampliamente, la influencia de Buffon. Desde poco antes, en 1773, la Sociedad Vascongada de Amigos del País prepara unos extractos de dicho naturalista cuya autoridad, durante varias décadas, se va a imponer entre nosotros. En París se imprimió en 1784, un compendio de su obra, titulado «Génie de M. de Buffon». El abate J.M. Alea se pone a traducirlo, pero hallándose dedicado a esta labor, en 1785 aparece el primer volumen de las obras de aquel naturalista, cuya traducción completa había emprendido el famoso periodista, editor de «El Espectador», Clavijo y Fajardo. Alea renuncia a su propósito y escribirá más tarde una «Vida del Conde de Buffon⁶⁷» en un

65. *Cartas económico-políticas*, 2ª parte, cart. 1ª, p. 154, 156, 163, 165.

66. *Ob. cit.*, p. 211.

67. Se imprime en Madrid, 1797.



volumen que comprende otras obras relativas al mismo⁶⁸. Pero aquel resumen del reputado científico francés, aparecido en París, fue traducido por un cierto don Tiburcio Maquieyra⁶⁹. En sus páginas leemos una mención del concepto de «civilización», con empleo de este término, en el que se realiza lo que aquél tiene de movimiento gradual — que en este pasaje no sólo se enuncia en un sentido progresivo, sino que puede ser también regresivo o descendente. Pensamos que hay que atribuir al estado de las sociedades europeas que habían conocido los trastornos de la revolución francesa y a la situación de crisis que se halla en España y en Europa, las causas que explican esta transformación que señalamos. He aquí el texto: «Vemos que en punto a *civilización* se va descendiendo por grados insensibles desde las Naciones más ilustradas y cultas a los Pueblos menos industriosos, de éstos a otros más rudos, pero todavía sometidos a Reyes y a Leyes, y de éstos a los salvajes, los cuales no están todos en un mismo grado, sino que se encuentran entre ellos otras tantas diferencias como entre los Pueblos civilizados⁷⁰.»

Antes de que termine el siglo citemos finalmente un pasaje más, en el que observaremos ese doble plano, tantas veces mencionado aquí, entre un concepto general y un proceso que diversifica fases y grados de civilización. Un autor de lógica que escribe también de temas que hoy llamaríamos sociológicos, Ramón Campos, sostiene que «cada clase y grado de civilización tiene las costumbres morales que le son propias⁷¹». Qué puedan ser grados de civilización es cosa que entendemos fácilmente y el reconocimiento de los mismos no quiebra la continuidad y la unidad de la «civilización humana», a la que todavía apelará en los primeros años del siglo siguiente un poeta colocado entre las dos épocas, Manuel José de Quintana⁷²; pero ¿qué quiere decir, con precisión, «clase» de civilización y qué significa atribuir a cada una de esas clases — porque forzosamente han de ser varias — una peculiaridad de costumbres que las diferencien? Llegamos con ésto, al último apartado de nuestra investigación.

68. Véase J. Sarrailh, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du dix-huitième siècle*, París, 1954, p. 460 y 500-501 (en las páginas de esta obra pueden verse muchas referencias a citas españolas de Buffon).

69. *Espíritu de Conde de Buffon, escrito en francés por M...*, Valladolid, 1798 (Sarrailh no recoge esta traducción).

70. *Ob. cit.*, p. 89-90.

71. *De la desigualdad personal en la sociedad civil*, 1799, citamos por la ed. de Barcelona, 1838, p. 145.

72. *Memoria sobre el proceso y prisión... en 1814*, publicada en el vol. *Quintana revolucionario*, de Martínez Quinteiro, Madrid, 1792, p. 45.

EL PLURAL «CIVILIZACIONES»

Esta última cuestión que nos ha saltado al paso, nos obligaría a traspasar los límites cronológicos que nos hemos impuesto en este trabajo, haciéndonos avanzar por el siglo XIX. Aquí el concepto de civilización, bajo los nuevos modos de empleo de esta palabra, suscitaría problemas de otra índole. Nos referiremos solo a uno de ellos, adelantado ya, como hemos visto, por escritores de fines del XVIII. Estos advierten que hay variedad de civilizaciones, pero no encontramos en ellos esta última forma de la palabra. Esa forma en plural acabaría por aparecer, pero ya bien entrado el siglo XIX.

En 1819, Ballanche escribe, parece ser que antes que otro alguno, el plural «civilisations⁷³». A mediados de siglo su uso es general. Liquidadas las guerras napoleónicas, en contacto diario con otros pueblos, bajo el empuje expansivo de los nuevos «bourgeois conquérants» (Morazé), Europa no descubre esta vez el mundo, pero sí constata, como nunca hasta ese tiempo, la variedad de valores que en sus diferentes partes encierran los países más distantes. En consecuencia, comprueba la real existencia de una pluralidad de «civilizaciones» — que justifican ese plural gramatical. «Indudablemente, dice Braudel, este plural triunfante en el siglo XIX, es un signo de reflexiones, de mentalidades, de tiempos nuevos⁷⁴.»

También en España, el cosmopolitismo universal latía en el fondo de la idea de civilización. Flórez Estrada había escrito de ésta: la civilización es «una ganancia general para el género humano⁷⁵». Al mismo tiempo, Meléndez Valdés, Jovellanos, algunos más, habían escrito reiteradamente la expresión «nuestra cultura y civilización» que tiene un valor particularizador y, en consecuencia, pluralista. Quintana, Lista, Eugenio de Ochoa, en las primeras décadas del XIX repiten esa fórmula.

En 1839-1840 se funda en el Ateneo de Madrid una cátedra de Historia de la Civilización española. La particularización del concepto, siguiendo los pasos de Guizot, está ya en el título de la cátedra y en las palabras de quienes la ocupan. Su titular, en 1841, Gonzalo Morón dirá: «La civilización es el hecho universal que los comprende todos, que quiere apoderarse y explicar las diversas fases, el desarrollo variado y magnífico que ofrece el espectáculo del mundo... La civilización abraza el desarrollo intelectual, moral y material de la especie humana⁷⁶.» Pero en su misma obra se

73. L. Febvre, *ob. cit.*, p. 507.

74. *Ob. cit.*, p. 261.

75. *Representación... en defensa de las Cortes* (1818) — reedición de Madrid, 1967, p. 113 — en cuanto que victoria sobre el error y el despotismo. En pág. 138 habla del «progreso de la civilización».

76. «Discurso preliminar» de la *Historia de la civilización española* (1841) — reedición de Madrid, en un vol. de *Obras escogidas*, 1875, las citas en p. 45 y 52.

encuentra — no he dado con otro ejemplo anterior — el plural «civilizaciones» en castellano. Morón, enemigo académicamente del romanticismo, está tocado del morbo romántico, nacionalista, particularista, folklórico: no sólo nos dirá que existen cuatro grandes civilizaciones, oriental, griega, romana y germánica o moderna, esto es, cristiana y europea, sino que ve, dentro de esta última, una variedad, la civilización española, que se ofrece «con rasgos característicos». Nos dice de ellos que son los que le confieren profunda «originalidad». Esto es lo que se estima y arrastrado de ese nuevo criterio particularizador, diferenciador, añadirá: eso produce una «profunda diferencia que la separa de Europa». Y ante esta constatación singularizadora, Morón formulará, con tono entre profético y normativo, esta sentencia: «España no será lo que debe ser... mientras, por decirlo de una vez, España no sea exclusivamente España 77.»

Estamos en 1841. Apartándose de su originaria formulación cosmopolita, la idea de civilización ha servido para fecundar un sentimiento particularista, de un medular casticismo. Cabría decir más: de un casticismo rabioso, un casticismo a lo Ganivet, tan radicalmente expresado como pudo hacerlo éste.

Confieso que personalmente no tengo simpatía alguna por ningún casticismo; pero en tanto que historiador me siento interesado por la temprana presencia de un testimonio de nacionalismo exclusivista, surgido precisamente del desenvolvimiento del concepto de civilización.

JOSÉ ANTONIO MARAVALL
Universidad Complutense de Madrid